

cada gran reconstrucción se ha resuelto en un incremento del control central, y cuanto mayor ha sido la sacudida revolucionaria, más intenso el centralismo de la estructura institucional resultante:

“De aquí que los tres movimientos revolucionarios de la región, considerados generalmente los más importantes de este siglo —los de México, Bolivia y Cuba— todos han producido gobiernos de partido único, delegando prácticamente todo el poder al centro. Otros intentos menos importantes de reconstruir la estructura institucional de la sociedad comparten este estilo político centralista. El incremento del poder central se ha convertido en una característica durable de cada país, prescindiendo del color político del gobierno” (pag. 21).

Pensamos que no es este el espacio para poner en discusión algunas de las ideas del autor como lo son el feudalismo en España y América o la necesidad de repetir en nuestro continente las mismas experiencias históricas del Viejo Mundo, para así poder quebrar su tradición centralista. Antes bien, queremos expresar nuestra satisfacción por la aparición de un libro que aporta una perspectiva sumamente original para el estudio de la problemática latinoamericana.

Fernando Iwasaki Cauti

SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio. *La Edad Media española y la empresa de América*, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid 1983, 145 págs., lám.

En una hermosa edición, el Instituto de Cooperación Iberoamericana nos ofrece la obra postrera del insigne historiador español Claudio Sánchez Albornoz, sumando un título más a la larga lista de publicaciones que bienen apareciendo en la península, conmemorativas al V Centenario del descubrimiento de América. En este caso se trata de la ponencia presentada por el autor al Congreso de Historia Americana celebrado en Sevilla en 1930, corregido y revisado por el mismo Sánchez Albornoz en 1981.

A grandes rasgos, la hipótesis central del libro consiste en que América fue descubierta, colonizada, cristianizada y organizada como proyección de la singular Edad Media española. Hipótesis interesante, por cierto, en la medida en que le da a la gesta americana un trasfondo secular más amplio,

frente a quienes postulan a la empresa de América como heredera de la Reconquista (Armas Medina, Parry, Vilar, Ladero, etc). Sin embargo, los argumentos utilizados para sostener esta idea central revelan una serie de problemas y errores que consideramos conveniente puntualizar.

En primer lugar tenemos la contradicción existente entre la importancia que el autor le da al azar en la historia y la categoría de "pueblo elegido" que le atribuye a la sociedad española (leáse catellana). Efectivamente, para Sánchez Albornoz las causas de los procesos históricos vienen a ser la herencia temperamental, el azar y el "espolonazo de las personalidades de excepción", agregando al respecto:

Me permito creer que todas esas realidades nos autorizan al menos a escrutar los porqués de la zigzagueante marcha de los pueblos (pág. 19)

Definitivamente, ningún historiador será auténtico si no intuye que, alrededor de lo ya sucedido, hubo un número variable de eventualidades latentes; pero el margen de incertidumbre es limitado, todo acto humano es irrepitable y todo acontecimiento deriva de múltiples series, de donde se deduce que no hay azar absoluto sino relativo. Pues bien, si Sánchez Albornoz admite la intervención del azar en la historia, ¿por qué cae en el determinismo de considerar a la conquista de América como el destino inevitable del pueblo español?

Pero admitamos lo imposible, que América no hubiese sido descubierta por Castilla; algo me parece indudable. Sólo Castilla hubiese conquistado y colonizado América (pág. 23)

El segundo problema (de alguna manera vinculado con el anterior) viene a ser el "hispanocentrismo", pues impulsado por hacer de la conquista una apología de España, el autor hace uso de una retórica que lo sumerge a niveles cada vez más caóticos. Para empezar, se trasluce el interés de justificar la con-

- 
1. Sobre el papel del azar en la historia ver ARON, Raymond: *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, Gallimard, Paris 1957; BASADRE, Jorge: *El azar en la historia y sus límites*, P.L. Villanueva ediciones, Lima 1973; BOUSQUET, G.H., "Le hasard. Son rôle dans l'histoire des sociétés", *Annales* marzo-abril, Paris 1967 y JASPERS, Karl: *Origen y meta de la Historia*, Alianza Universidad, Madrid 1980.

quista española en América para eliminar todo residuo de la "Leyenda Negra", para responder a la "agresión" de historiografías extranjeras y para denostar.

. . . la envidia y el resentimiento que aún anidan en muchos medios cultos e industriales europeos al tropezar con los corolarios actuales de nuestras gestas americanas (pág. 5)

Este interés llevó a Sánchez Albornoz a afirmar (en un argumento digno de Sepúlveda):

Sí, hay guerras justas emprendidas para propagar no sólo las semillas, los avances de la civilización. Podríamos compararlas con la acción del arado que abre e hiera la tierra para poder arrojar en ella los granos fecundos que permiten después alcanzar las horas de la siega. Por la condición de sembradora de un triple conjunto de civilización, fe y libertad se justifica la conquista de las Indias por España. (pág. 110).

Como si los historiadores americanos del siglo veinte tuviésemos tiempo de revirir polémicas que el paso de los siglos han hecho estériles.

Por otro lado, el autor se esfuerza en llevar a cabo comparaciones odiosas e innecesarias para exaltar el heroico sino del pueblo español:

Si parangonamos la conquista romana de España con la de América por los españoles debemos señalar que Roma tardó 200 años en dominar mi patria, de mínima extensión frente a estas tierras americanas, y que el mundo antiguo era ya romano y aún seguían insumisos astures y cántabros. Recordad con qué fuerzas conquistaron Hernán Cortés Méjico y Pizarro del Perú y volved la mirada hacia los altos páramos del Duero para contemplar las décadas que tardó Roma en conquistar una aldea, Numancia, al cabo vencida por Escipión al frente de setenta mil hombres (pág. 26).

Tal parece que Sánchez Albornoz olvida los pocos años que les bastaron a los árabes para conquistar la península y los 800 años que los españoles tardaron en expulsarlos, pero este es un argumento tan vano como el anterior. No obstante, los paralismos siguen:

¿Cómo comparar Machu Picchu con Toledo, Compostela, Sevilla. . .

ni siquiera con Salamanca, Ávila y Segovia? (pág. 114)

Sánchez Albornoz no respeta ni tiempo ni espacio, pero ya en el paroxismo se señala:

Habría menos diferencia entre las culturas de los pueblos hispanos y la de su conquistador romano que la existente entre la misérrima de los pueblos de América y la brillante de la Castilla conquistadora. Las más pobres culturas de la Hispania prerromana de hace veintidós siglos superaban a las más brillantes de la América de hace cinco (pág. 25).

Pensamos que a un medievalista europeo se le puede excusar de todo conocimiento relativo a la América precolombina, pero de ninguna manera de desconocer las nociones más elementales del pensamiento de historiadores como Toynbee o Braudel, o de filósofos como Jaspers o el mismo Ortega.

En resumen, un libro que representa momentos ya superados por la moderna historiografía española, pero que como toda obra que toca nuestra historia merece un comentario, aunque sea para poner un punto final.

Fernando Iwasaki Cauti